

## HISTORIA NATURAL.



(Vista del Vesubio, tomada desde Nápoles.)

## LOS VOLCANES.



n general damos el nombre de volcán á una montaña que vomita fuego, y es sin duda alguna entre todos los fenómenos que la naturaleza nos presenta, el mas grande á par que el mas terrible. Vamos pues á satisfacer la justa impaciencia de nuestros lectores explicando con toda claridad, si bien haciéndolo lo mas concisamente posible, los espantosos efectos de los volcanes y la causa misteriosa que los produce. El globo terráqueo está como envuelto en una vasta faja ó ceñidor de montañas igneas, ya reunidas en grupos como las de las islas de Lipari, la Islandia, las Azores, las de Canarias, Sandwich, los Amigos y de la Sociedad, ó bien formando una estensa línea casi continua de centenares de leguas como en las dos Américas, que empiezan en la costa del N. O. hasta la punta meridional de Chile, y desde el monte del

TOMO I.—NUEVA ÉPOCA.—MAYO 10 DE 1846.

S. Elías al de S. Clemente. El número de estos inmensos hornos siempre encendidos, es verdaderamente prodigioso, pues llega segun las mas recientes observaciones á 518 el de los volcanes activos y azufrados. La Europa cuenta 14, Africa 31, Asia 100, la Oceania 171 y la América 202. Creemos no poder explicar mejor lo que es un volcán, que transcribiendo aquí las líneas siguientes del célebre Buffon.

«Las montañas ardientes que llamamos volcanes, dice el ilustre naturalista, encierran en su seno el azufre, betun y otras materias que sirven de alimento al fuego subterráneo, y cuyo efecto es mas violento que el de la pólvora, y el rayo que espanta á los hombre y asusta á la tierra. Un volcán es un cañón de un volúmen grandiosísimo, cuya boca es á veces de media legua, y por la cual arroja torrentes de humo y llamas; ríos de betun, azufre y metal fundido; nubes de ceniza y piedras que lanza con violencia á muchas leguas de distancia, y masas de rocas enormes que todas las fuerzas humanas reunidas no podrian poner en movimiento. El incendio es tan terrible, y la cantidad de materias ardientes, fundidas, calcinadas y petrificadas que la montaña arroja tan



abundante, que entierran las ciudades y los valles, dejan sepultadas las campiñas á ciento ó doscientos pies en derredor, y forman algunas veces colinas y montañas que no son sino montones de estas materias acumuladas. La acción de este fuego es tan grande, y la fuerza de la explosión tan violenta, que produce por su reacción sacudidas muy fuertes y bastantes á conmover y hacer temblar la tierra, agitar el mar, derribar las montañas, destruir las ciudades y edificios mas sólidos á distancias muy considerables.»

La erupción de un volcan es lo que Buffon ha trazado en estas cortas pero elocuentes líneas, que encierran cuanto se sabia hasta entonces de la acción de estas montañas de fuego y de sus fuerzas subterráneas, y que son el resultado de los prolijos estudios que hiciera de los volcanes de Italia; pero el Etna y Vesubio ya hoy pueden pasar únicamente por dos modestas colinas, comparados con los tan terribles de Méjico y de Colombia; el Pichincha que se eleva á 4.500 metros, el Popacatipell, casi tan alto como el Vesubio, Etna y Stomboli reunidos, el Cotopaxi mayor aunque todos estos, y que se alzaria sobre el pico de Tenerife y el Vesubio sobrepuestos. La forma estérna de los volcanes en el estado actual del globo terráqueo, en todas las partes del mundo, es casi siempre una montaña cónica, aislada como el Vesubio, Etna, Cotopaxi y el pico de Teyde. Frecuentemente estas montañas se hallan socavadas en forma de estanque ó de cortadura, y á esto es á lo que se llama crater: es la chimenea por la cual se escapa el humo, y la boca que vomita las materias fundidas. Muchas veces la lava es sobrado dura y compacta para lanzarse hasta la altura del cráter; entonces los flancos de la montaña se rompen con violencia para abrir paso á un torrente de fuego.

Algunos cráteres estan abiertos y dejan percibir el interior de la cima; otros estan rodeados de una especie de muro circular que impide el aproximarse, y que Delnac llama *la corona volcánica*. En los volcanes apagados, la boca del cráter se cierra y cubre de vejetación ó se transforma en un estanque lleno de agua. Despues de la terrible erupción del año 79 que enterró en sus cenizas las ciudades de Stabia, Herculano y Pompeyo, el Vesubio quedó inflamado durante un millar de años, y ya despues fué apagándose poco á poco. En 1611 se creyó que el volcan habia desaparecido para siempre; multitud de habitantes cubrian ya los flancos de la montaña hasta la cima, y un soto de pequeños árboles invadiera el exterior del cráter, cuando hé aquí que la violenta erupción de 1631 vino á destruir en un día lo que hicieran doscientos años de reposo y tranquilidad.

A escepción de los volcanes del Asia central situados á mas de 500 leguas en el interior del continente, la mayor parte de las montañas igneas estan situadas en islas ó tierras vecinas al mar. De los que forman parte de la gran cadena americana de los Andes, los mas distantes de la costa estan á 30 leguas. Arriba hablamos ya de la prodigiosa altura de estos gigantes de la tierra, por lo que concluiremos este artículo dando á nuestros lec-

tores una ligera idea del poder enorme de los volcanes en general, citando algunos acaecimientos que figuran en la historia de América. El Cotopaxi es á la vez el mas grande y terrible de todos los que se cuentan en los Andes; es donde las explosiones son mas frecuentes y devastadoras. La Codanime ha demostrado que durante la gran erupción de 1533, piedras de doce á diez y seis toesas cúbicas mas grandes (segun su espresion) que una choza de judío, fueron lanzadas á mas de tres leguas de distancia; cuando el Vesubio, segun Mr. Araez, no espidió nunca piedras á mas altura que la de 1,200 metros. En la explosión de 1744, el rugido del volcan llegó hasta la ciudad de Honda distante 200 leguas. El 4 de abril de 1768 la inmensa cantidad de cenizas vomitadas por el Cotopaxi, oscureció el día de tal modo, que á las tres de la tarde los habitantes de Nambata y Tacunga, no podian transitar por las calles sin la ayuda de linternas. En la de 1803 el ruido espantoso del volcan, parecia en la ciudad de Guaquin, que dista 52 leguas, una descarga de artillería. Un fenómeno inesperado vino á aumentar el horror y desastres de aquella erupción. En un solo instante la actividad del fuego subterráneo derritió de improviso las nieves acumuladas, hacia veinte años sobre las flancos de la montaña: 600 casas fueron arrasadas, y el torrente se llevó mas de 800 personas.

Los indios refieren fabulosas leyendas ligadas á la historia de esta maravilla de su país. En uno de los costados de la montaña se admira una gran masa de pórfido, que ellos llaman *la cabeza de Inca*. Este pedazo de roca dicen que fué desgajado del volcan cuando la primera erupción, y presagió la caída del conquistador de Quito el Inca Inpac Inpangui. Otros dicen que la explosión tuvo lugar al momento mismo que los españoles sometieron al Inca Atauhalpa.

En toda la cadena de los Andes no hay un monte mas bello que el Cotopaxi, y cuando se divisa desde lejos con toda su magnificencia, con su perfecta regularidad y envuelto en su manto de nieve destacándose sobre el hermoso azul del cielo en los Trópicos, y brillar con deslumbrante resplandor á los rayos del sol poniente, no es posible prescindir de admirarlo olvidando sus horribles estragos.

A la cabeza de este artículo presentamos la vista del Vesubio, no porque sea esta el mayor y el mas terrible de los volcanes, sino por la particularidad que presenta de estar situado en medio de la campiña mas feraz y deliciosa de la tierra: en medio de verjeles, de jardines y de sitios de recreo, que con sus espantosas erupciones convierte á veces en yermos, cubiertos solo de sus ardientes cenizas.

JUAN ANTONIO DE ESCALANTE.





## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

## JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

Animados de un noble orgullo á la vez que de un generoso entusiasmo, recordamos las virtudes, las proezas, los heroicos hechos de aquellos esclarecidos varones que en los pasados siglos dieron lustre al nombre español, y crearon su colosal imperio, aquel imperio que fundado dichosamente y con visible auxilio de la Providencia en el corto recinto de una prodigiosa cueva, á fuerza de valor y de constancia llegó á estenderse por ambos continentes, sojuzgando al nuevo y dando la ley al antiguo.

Ninguna época fué mas gloriosa para nuestras armas, ninguna mas brillante para nuestra literatura y nobles artes que el siglo XVI. En este sobresalieron tambien los ilustres viajeros que arrostrando peligros sin cuento, osaron cruzar vastos, remotos y desconocidos mares, mereciendo entre aquellos particular mencion el célebre argonauta Juan Sebastian de Elcano.

Fué natural de Guetaria, villa situada en el litoral de la provincia de Guipúzcoa. Llamábanse sus padres Domingo Sebastian de Elcano y Doña Catalina del Puerto. Ofrecia la navegacion en el último tercio del siglo XV un lisonjero porvenir á los jóvenes, por lo que desde sus primeros años se consagró á ella. Juan Sebastian, guiado por los estímulos de su esforzado ánimo y por el ejemplo de sus paisanos.

Habian llegado los guipuzcoanos y vizcainos á poseer escuadras tan poderosas, que en el siglo XIV sostuvieron por sí solos una larga guerra contra los ingleses, guerra que á pesar de haberse empleado en ella todos los recursos de la Inglaterra, hubo de terminarse por medio de un convenio. Este poder continuó en el mayor auge durante los siglos XV y XVI.

Prestó á su patria Elcano los primeros servicios, mandando una nave de doscientas toneladas en los mares de levante y en las costas septentrionales del Africa. Hallábase en Sevilla cuando Magallanes se disponia para ir á buscar un paso á los Molucas por opuesto rumbo al que seguían los portugueses y sin doblar por consiguiente el cabo de Buena-Esperanza. No se podia ofrecer empresa mas adecuada al carácter y á las inclinaciones de Elcano. Grandes peligros esperaban á los que la acometiesen; la gloria empero habia de ser inmarcesible. Fué nombrado aquel maestre de la nave *Concepcion*, una de las cinco que á tan memorable expedicion se destinaron. Dióse á la vela esta escuadrilla en San Lucar de Barrameda el 20 de setiembre de 1519 y en la travesía del Atlántico estallaron serias disensiones entre los gefes, deramándose alguna sangre.

Perdióse la nave *San Antonio*, y las cuatro restantes se hallaron en las últimas costas de la América meridional á los nueve meses de su salida de España. Llegáronse á las naves varios indios, de los cuales seis entraron en ellas y comieron en compañía de los españoles, tratando á estos (que eran los primeros europeos que á sus

playas llegaron) como si por mucho tiempo hubiesen estado con ellos relacionados. Empezaron los españoles á llamarlos *Patagones*, porque tenían los pies bastante grandes, aunque no desproporcionados á su estatura; que si bien no era gigantesca, escedia con todo á la del mas alto de los que iban en las naves.

Continuaron estas su derrota, y el 21 de octubre del año 1520 hallaron un cabo al que denominaron de Las once mil vírgenes, y una bahia que mandó Magallanes



*Juan Sebastian de Elcano*

reconocer para ver si habian hallado algun estrecho. Eralo en efecto, y le dieron el nombre de Todos los Santos, con el cual no es al presente conocido, y si con el de Magallanes. Pasáronsele algunos dias en atravesarle, y mediaron entre el general y el capitán de la nave *Victoria* varias contestaciones que pudieron desgra-



ciar la empresa, las cuales insertó el historiador portugués Barros.

Entraron las naves en el mayor de los mares el día 27 de noviembre del citado año y le llamaron Pacífico, por el buen temporal que tuvieron en su travesía. Llegaron en marzo de 1521 á las islas de los Ladrones, á las que así denominaron segun el diario del viaje, porque aquellos isleños robaron un esquife y otros varios efectos. En la isla de Mactan, una de las que forman el Archipiélago de San Lázaro (Filipinas) murió en un combate Magallanes, y en la de Zebu fueron asesinados traidoramente en un banquete por un reyezuelo 35 españoles.

Apartáronse las naves de aquellas riberas, y por faltar gente que las tripulase fué quemada una. Quedaron solas dos, de las cuales la una se carenó en la isla de Tidore tomando la vuelta de Panamá, y la otra llamada *Santa Maria de la Victoria*, se dirigió á España, mandada por Elcano, que acababa de ser nombrado capitán de ella. Acompañábanle sesenta hombres, entre los que había trece isleños de Tidore. Cruzaron el mar de las Indias por los 35.º de la latitud S., doblaron el cabo de Buena Esperanza, y el 6 de setiembre de 1552 entraron en San Lucar de Barrameda, habiendo rodeado el globo, y pasado por delante de todos los cabos mas notables del mundo, cosa hasta entonces no vista. Causó mucha alegría al emperador Carlos V este suceso, y con fecha 13 del citado mes de setiembre, escribió una carta á Elcano desde Valladolid, en la que entre otras cosas se lee... «Ví vuestra carta que me escribistes de San Lucar en que me haceis saber vuestra llegada en salvamento con la nao nombrada la *Victoria*... de que he holgado mucho, por vos haber traído nuestro Señor en salvamento y le doy por ello infinitas gracias; y porque yo me quiero informar de vos, muy particularmente del viaje que habeis hecho y de lo en él sucedido, vos mando que..... vengaís..... donde yo estuviere.....»

En cumplimiento á lo que se le ordenaba pasó Elcano á la corte acompañado de dos de los 18 españoles que con él llegaron. Recibiólos el César con particulares muestras de aprecio y concedió á Juan Sebastian 500 ducados de juro, y que en su escudo de armas usase por cimera el globo con este lema: *«primus circumdidisti me»* poniendo á los lados dos reyes con ramos en las manos, aludiendo á los de las islas Molucas, de las que había sido el primero que trajo el clavo y la nuez moscada, segun dice el privilegio.

Las personas que juzgan de los hombres y de los hechos sin hacer un esfuerzo de imaginación para considerar los tiempos en que los primeros vivieron y los segundos sucedieron, encuentran poco mérito en el viaje de Elcano, como si se hubiese hecho en nuestro siglo. No juzgan así los hombres sensatos que consideran los escasos recursos con que se llevó á cabo, y los cortos auxilios que la ciencia suministraba en el siglo XVI. Sin conocer aun esto decia el italiano Ramusio «el viaje hecho por los españoles en el espacio de tres años alrededor del mundo, es una de las cosas mas grandes y maravillosas que se han ejecutado en nuestro tiempo y aun de las empresas que sabemos de los antiguos.»

Léanse los escritos de Herrera, Oviedo, Gomara, Tamara, Pijafetta y otros historiadores, léanse las estensas y curiosas relaciones que se hallan en la magnífica obra que con el título de *Viajes y descubrimientos de los españoles*, coordinó el señor Navarrete y entonces se apreciará cual corresponde el denuedo de los primeros viajeros que surcaron el grande Océano.

No dejó de escitar la envidia de algunos viles cortesanos el honroso recibimiento que hizo á Elcano el Emperador, y en venganza le hicieron sufrir un interrogatorio que no es posible leer con serenidad, pues las preguntas que el magistrado dirigió al héroe, son de aquellas que nial mas infimo sirviente se pueden hacer. Ni se contentó con esto la villanía cortesana, que tambien atentó contra su vida, para seguridad de la cual le concedió el César que llevase en su compañía dos hombres armados.

En junio de 1525 salió de la Coruña una escuadra con dirección á las Molucas, de la que fué nombrado piloto mayor y guia Juan Sebastian, que habia decidido con sus conocimientos y razones la cuestion de pertenencia de las Molucas á favor del César, y contra los portugueses que pretendían tener á ellas derecho.

Muchos trabajos pasó en esta segunda expedición, así en el Atlántico como en el grande Océano y cuando las tempestades habian desunido las naves, cuando las tempestades hacían horribles estragos, falleció el capitán general D. Frey García Jofre de Loaisa, sucediéndole Elcano, que murió el 4 de agosto de 1526, á los cinco días de haber sido reconocido como capitán general, hallándose las naves á 8.º, 40 de latitud N. Sintieron infinito su muerte los españoles, que sin aquel caudillo quedaban en la mas triste y peligrosa situación, y «le dieron», dice Herrero, la misma sepultura que á su predecesor «que fué echarle en la mar.»

Honró la memoria de Elcano D. Pedro de Echave y Azu erigiendo un cenotafio en la suntuosa iglesia parroquial de Guetaria, y D. Manuel de Agote levantó un monumento en la plaza de la misma villa. Consistía en un elegante pedestal de mármoles con tres gradas y una inscripción en latin repetida á los lados en vascuence y castellano. Sobre el referido pedestal, se veía una estatua de Elcano ejecutada por D. Alfonso Vergaz, y de la que se copia el dibujo que acompaña á este artículo. En la última guerra ha perecido esté bello monumento, y solo se conserva la estatua aunque mutilada.

## NOVELA.

### EL TESORO.

En una habitación, cuyo mueblaje mas que modesto, demostraba los esfuerzos de una indigencia que no se ha abandonado á sí misma, se veían sentados una jóven y un anciano venerable. El orden, el gusto y la limpieza, daban á aquel pobre recinto una especie de elegancia; cada objeto estaba colocado en su sitio; los ladrillos del pavimento estaban lavados con esmero; en la tapicería



verde aunque descolorida, no se veía ninguna mancha y la ventana estaba guarnecida de cortinas de muselina gorda, cuyos numerosos pliegues formaban una especie de bordado. Algunos tiestos de flores comunes, adornaban esa ventana que se hallaba entreabierta y perfumaban la estancia con sus dulces olores.

El sol iba á ponerse: un resplandor purpúreo luminaba la húmeda habitación, hiriendo el rostro encantador de la jóven y abillantando la blanca cabellera del anciano.

Hallábase recostado en una poltrona de junco que una industriosa solicitud había guarnecido de almohadas llenas de estopa y remendadas de percal usado. Un brasero antiguo, transformado en taburete, sostenía sus piernas mutiladas, y el único brazo que le quedaba, lo tenía apoyado en un velador pequeño, encima del cual se distinguían una pipa de espuma de mar y una petaca de avalorio.

El semblante rugoso y atrevido del viejo soldado, revelaba al propio tiempo la severidad y la franqueza. Un bigote gris velaba la media sonrisa que entreabría sus labios, mientras que su vista permanecía fija en la jóven.

Esta última podía tener veinte años: era una morena de aspecto cariñoso, pero muy viva y sus emociones se revelaban por espresiones súbitas y rápidas. Su semblante puro parecía á aquellas aguas cristalinas que dejan ver hasta en el fondo todo lo que encierran.

Tenía en la mano un periódico que leía al viejo inválido. De repente se interrumpió y se puso á escuchar.

—¿Qué hay? preguntó el viejo.

—¡Nada! replicó la jóven, cuyo semblante manifestó de repente un tanto de disgusto.

—¿Has creído oír á Carlos? repuso el soldado.

—Es verdad, dijo la lectora poniéndose algun tanto colorada; debe haber acabado su tarea y ya es hora de que vuelva....

—Si vuelve, concluyó Vicente con enfado.

Susana abrió los labios para justificar á su primo: pero su juicio protestó sin duda contra semejante intencion, porque se detuvo embarazada, poniéndose después á meditar.

El inválido pasó por su bigote la mano que le quedaba y se puso á retorcerle con impaciencia; este era un gesto habitual de disgusto.

—Mal camino lleva nuestro hombre; esclamó al fin; se muestra aquí disgustado, y deja el trabajo por concurrir á las tabernas; esto acabará mal para él y para nosotros.

—No digais eso, tío mio, le hariais muy desgraciado, replicó la jóven conmovida. Yo espero que esto pasará pronto. Hace algun tiempo tiene mi primo ciertas ideas... No tiene aficion al trabajo...

—¿Y por qué es eso?

—Porque dice que nada puede esperar de él. Cree que son inútiles los esfuerzos del artesano para crearse un porvenir, y asegura que lo mejor es pasar tan bien como se pueda el día de hoy sin esperanza ni prevision.

—¡Ah! ¿Es ese su sistema? repuso el viejo cuya frente se había arrugado. Pues no tiene el honor de haberle

inventado. También teníamos en el regimiento algunos de esos filósofos que se eximían de partir bajo el pretexto de que el camino era muy largo y que se arrastraban en los depósitos, mientras que sus compañías entraban en Madrid, Berlin y Viena. Hé aquí tu primo, no tiene presente que andando, andando se llega al cabo á Roma.

—¡Ah! ¡si así se lo hiciérais comprender! dijo Susana con inquietud. Yo he tratado de convertirle haciéndole ver lo que un buen encuadernador como él podía economizar; pero cuando llegaba á la suma, alzaba las espaldas diciéndo que las mugeres no entienden de cálculo.

—Y entonces tú te desesperabas, pobre hija mia, continuó Vicente con una tierna sonrisa; ahora conozco la causa por la cual tienes tan frecuentemente inflamados los ojos.

—Tío mio, os aseguro...

—Lo cual es causa de que te olvides de regar tus flores y de que ya no cantes.

—Tío mio...

Susana confusa, tenía bajos los ojos y arrollaba la punta del periódico. El inválido puso su mano sobre su desnuda cabeza.

—¿Vamos, pues no vá á creer que la riño? replicó con un tono brusco de amistad; no es muy natural que tú te intereses por Carlos, que es tu primo, y que con el tiempo será...

La jóven hizo un movimiento.

—¡Y bien, no hablemos ya de ello! Dijo el inválido interrumpiéndose; siempre me olvido de que con vosotros es preciso ignorar lo que se sabe. No hablemos mas, te digo, y volvamos á ese jóven á quien profesas amistad... ¿No es esta la voz admitida... y que tambien te la profesa?

Susana meneó la cabeza.

—Es decir que me la profesaba en otro tiempo, dijo; porque de algun tiempo á esta parte.... Si supiérais qué tibio se presenta, qué aire tan enojado tiene.

—Sí, replicó Vicente pensativo; cuando uno ha probado esas diversiones ruidosas, los placeres domésticos parecen insípidos; lo mismo que un vaso de vino comun al lado de uno generoso; esto se concibe fácilmente; á muchos les ha sucedido lo mismo.

—Pero se han curado, observó Susana; así que Carlos se curará igualmente. Tal vez con solo que V. le hable....

El anciano hizo un gesto de incredulidad.

—Las enfermedades no se curan con palabras; no se improvisa un hombre juicioso ni un buen soldado: hace falta ejercicio, esperiencia; trabajo y el bautismo del cañon. Ahí tienes; tu primo carece de voluntad porque no vé un objeto, un fin; seria preciso mostrarle uno que le animase y este no es un asunto insignificante. Ya pensaré en ello.

—¡Ahora, si que es él! interrumpió la jóven que había reconocido en la escalera el paso precipitado de su primo.

—Entonces, silencio, dijo el inválido; no demos á co-



nocer que hemos pensado en él y vuelve á empezar tu lectura.

Susana obedeció, pero la alteracion de su voz hubiera revelado fácilmente su emocion á un observador desocupado. Mientras que sus ojos seguian las líneas impresas y su boca pronunciaba maquinalmente las palabras, su oído y su pensamiento se encontraban fijos en su primo, que acababa de abrir la puerta y habia dejado su gorra en el velador colocado en medio de la habitacion.

Autorizado al silencio por la no interrupcion de la lectura, el jóven obrero ni saludó á su tio ni á su prima, y acercándose á la ventana se apoyó en ella cruzando los brazos.



Susana continuó sin comprender lo que leía.

Se hallaba en ese mosaico de noticias separadas y frecuentemente contradictorias, colocadas bajo el epígrafe comun de *Variedades*. Carlos que al principio habia parecido distraído, concluyó por prestar atencion como á pesar suyo. La jóven despues de diversos anuncios de robos, incendios y accidentes, llegó al artículo siguiente:

«Un pobre buhonero de Besangon, llamado Pedro Lefebre, queriendo hacer fortuna á toda costa, concibió el pensamiento de partir para las Indias, que habia oído citar como el país del oro y de los diamantes. Vendió pues, lo poco que poseia, pasó á Burdeos, y se embarcó en calidad de ayudante de cocina en un navío americano. Diez y ocho años han transcurrido sin que se haya oído hablar de Pedro Lefebre, cuando sus parientes acaban de recibir una carta que les anuncia su próximo regreso: por ella saben que el antiguo buhonero despues de grandes fatigas y de inusitados golpes de fortuna, vuelve á Francia tuerto y manco, aunque

»propietario de una fortuna que se gradua en dos millones.»

Carlos que habia escuchado el artículo con una atencion que se iba redoblando á proporcion que se terminaba, no pudo contener una exclamacion...

—¡Dos millones! repitió maravillado.

—Eso podria servirle para comprar un ojo de cristal y un brazo mecánico, hizo observar irónicamente el viejo soldado.

—¡Qué fortuna! replicó el obrero, que no habia oído la reflexion de su tio.

—¡Diez y ocho años de fatigas inesplicables! repitió Susana apoyándose en las espresiones del periódico.

—¿Qué importa, cuando al fin se logra una fortuna? dijo Carlos con viveza; lo difícil no es el emprender una obra, ni soportar el mal tiempo con tal que se camine á un fin, sino el marchar para no llegar á un sitio.

—Luego, replicó la jóven, cuyos ojos se habian dirigido tímidamente á su primo, envidiais la fortuna del buhonero; dariais todos los años de vuestra juventud, uno de vuestros ojos, una de vuestras manos...

—Por dos millones, interrumpió Carlos; ¡ciertamente! no tenéis mas que encontrarme un comprador á ese precio, y os aseguro un dote para alfileres.

La jóven volvió la cabeza sin responder; su corazón se habia oprimido, y una lágrima hinchó sus párpados. Vicente calló tambien; pero habia vuelto á retorcer su bigote con aire melancólico.

Hubo un largo silencio: cada uno de los actores de esta escena, quedó entregado á sus pensamientos.

El ruido del reló que dió las ocho, sacó á Susana de su preocupacion, pues se levantó con viveza, fué á preparar la mesa para la cena.

Corta y triste fué esta. Carlos que habia pasado en la taberna con sus amigos el último tercio del día, no quiso tomar nada, y Susana habia perdido el apetito. Únicamente Vicente hizo honor á la frugal cena, porque las fatigas de la guerra le habian acostumbrado á guardar los privilegios del estómago á pesar de todas las emociones. Pero se cansó bien pronto, y volvió á su poltrona al lado de la ventana.

Despues de haber quitado la mesa y restituido las cosas á su sitio, Susana que tenia necesidad de estar sola, tomó una luz, abrazó al inválido, y se retiró á un gabinete que ocupaba arriba. Vicente y el obrero se quedaron solos, el uno frente del otro.

Este iba á despedirse igualmente de su tio, cuando el viejo soldado le hizo seña de que echase el cerrojo á la puerta y se acercase.

—Tengo que hablarte, le dijo con seriedad.

Carlos que preveia alguna riña, permaneció en pié delante del viejo; pero este último le volvió á hacer seña para que se sentase.

—¿Has pensando bien en tus palabras de hace poco, dijo mirando fijamente á su sobrino? ¿serás verdaderamente capaz de un gran esfuerzo para hacer fortuna?

—¡Yo! ¿podeis dudarlo, tio mio? respondió Carlos, sorprendido de la pregunta.



—Es decir, que tendrás paciencia, trabajarás sin interrupción, cambiarás tus costumbres.

—Si eso pudiese serme útil de cualquier modo... ¿Pero á qué viene semejante pregunta?

—Vas á saberlo, dijo el inválido abriendo el cajón de una pequeña cómoda, donde guardaba los periódicos antiguos que le prestaba uno de sus vecinos.

Después de revolverlos algunos minutos, tomó uno, le abrió, y enseñó á Carlos un artículo marcado con la uña.

El joven obrero leyó á media voz.

«Se han hecho algunas reclamaciones cerca del gobierno español con motivo de un depósito enterrado á orillas del Duero después de la batalla de Salamanca. Parece que durante aquella famosa retirada, una compañía perteneciente á la primera división, y que había estado encargada de la custodia de diferentes cajones, fué separada de lo restante del ejército, y rodeada por tan respetable número de enemigos, que era imposible todo género de resistencia. El oficial que la mandaba, viendo que no había medio de romper á través de los enemigos, se aprovechó de la noche para hacer enterrar los cajones por algunos soldados de confianza; después, seguro de que nadie podría descubrirlos, ordenó á su pequeña fuerza se dispersase, á fin de que cada uno viese de escapar solo á través de las líneas enemigas. Algunos tuvieron la suerte de poder reunirse á la división; pero el oficial y los soldados que conocían el sitio donde habían sido enterrados los cajones, perecieron en la fuga.

«Se asegura que estos cajones contenían los fondos de la división, es decir, una suma de cerca de tres millones.»

## VARIEDADES.

### La campana de la Aldea.

En esa hora en que el horizonte comienza á encapotarse, y en que todos los ruidos se acallan, un noble anciano de majestuoso semblante seguía lentamente, y á lo largo de las mieses que ya empezaban á tornarse amarillentas, la solitaria senda.

La abeja había ya vuelto á su colmena, y las aves á su morada nocturna; las hojas de los árboles inmóviles y caldeadas por los rayos de un sol abrasador, dormían sobre su tronco, y un silencio triste á par que dulce, se enseñoreaba de la tierra adormecida.

Una sola voz, el lejano sonido de la campana de una pequeña aldea, ondulaba en el monótono espacio.

Y esta voz solo decía: «No olvideis á los difuntos.»

Y como fascinado por sus recuerdos, parecía al buen anciano que la voz de los muertos, débil y vaga, se mezclaba á esta voz aérea y penetrante.

¿Volveis á visitar los lugares en que termina vuestro rápido viaje, y á buscar los recuerdos dolorosos y las dulces alegrías que tan pronto han pasado?

Muy semejante al humo que vomitan nuestros tejados de paja, y se disipa en el momento, así os habeis desvanecido.

Vuestras tumbas se destacan allí, bajo el tejo centenario del cementerio. Cuando los húmedos soplos del poniente murmuran entre los árboles, diríase que los espíritus difunden sus gemidos por el espacio: «¿Espíritu de la muerte, eres tú quien tiembles sobre tu místico lecho?»

Ahora os hallais en paz, basta ya de lágrimas injustas; ahora lucen para vosotros astros mas bellos, un sol mas radiante inunda con su hermoso esplendor campos y mares etéreos y horizontes infinitos.

¡Ah! habladme de los misterios de ese mundo que se representan mis deseos, y en cuyo seno mi alma fatigada con las sombras de la tierra, aspira á sumirse. Habladme, sí, de su autor omnipotente, y que lo ha llenado de sí mismo; de ese artífice, único que puede llenar el inmenso vacío que ha formado en mí y que tanto me devora.

Hermanos, después de una espera consolada por la fe, vuestra hora ha llegado. También la mía vendrá, y otros á su vez cuando después de concluido el trabajo diario, vuelvan á su pobre cabaña, prestarán atento oído á la voz que repite sin cesar.

¡No olvideis á los difuntos!

## REVISTA DE LA SEMANA.

La gran solemnidad cívica y religiosa que todos los años se celebra en Madrid el Dos de Mayo, estuvo en el actual tal vez mas concurrida que en ninguno de los anteriores. Desde la tarde de la víspera se empezó á anunciar con las salvas de artillería y el lúgubre clamor de las campanas la proximidad de ese célebre aniversario. El día Dos, al toque de diana rompió el fuego la artillería colocada en las afueras de la puerta de Alcalá, y desde las cinco comenzaron á celebrarse misas en el monumento del Prado, en conmemoración de las ilustres víctimas, cuyos restos descansan en aquel lugar.

A las diez de la mañana salió de las casas consistoriales la comitiva de costumbre, dirigiéndose á San Isidro, en cuya iglesia se celebró una misa de pontifical, pronunciando un elocuente discurso el distinguido orador D. Pedro Arenas. Terminado el acto, marchó la comitiva hacia el Prado en el orden siguiente: abría la marcha un piquete de caballería; seguían los pobres de la casa de socorro y asilo de San Bernardino, los Desamparados y niños del colegio de San Ildefonso, los inválidos del ejército, los parientes de las víctimas del Dos de Mayo, los gefes y oficiales del ejército y armada, el ayuntamiento con sus maceros, cerrando la marcha una columna de honor, compuesta de seis compañías de granaderos, precedidos de una música militar.

Después de cantar un responso solemne, se hicieron las salvas de ordenanza, y todas las tropas de la guarnición desfilaron delante del monumento. La concurrencia fué inmensa, el tiempo estaba hermosísimo, y en



medio del lujo que por todas partes se notaba, sobresalía el color negro de los trajes, como un tributo popular á la memoria de los que murieron defendiendo los derechos de todos.

En el teatro del Principe, se representó una comedia traducida del francés por los señores Gil y Navarrete, con el título de *Un pariente millonario*. No ha sido muy notable el éxito de esta representación, aunque la comedia es bastante buena, y la señora Llorente desempeñó perfectamente su papel. El argumento de la pieza está fundado en esa especie de mal carácter que producen las riquezas en el que las posee, notándose el descontento y fastidio con que mira todas las cosas de su país y de su familia el *millonario* recién venido de Amé-

rica: casado este en el segundo acto con una vieja que ha sabido engañarle, vá perdiendo la primitiva aspereza, y cede siempre ante la voluntad de su mujer: por último y habiéndose menoscabado la fortuna de los dos esposos se vé el *millonario* en la necesidad de acudir á los demas parientes que en un principio habia mirado con tanto desden. Como se vé, el fin de la comedia es muy moral. El señor Guzman hizo grandes esfuerzos; pero como el papel era demasiado sentimental y eso no está en su cuerda, ha sido poco aplaudido. Por el contrario la señora Llorente estuvo inimitable.

En la noche del jueves se representó en el teatro del Circo la *Sonámbula*. La Persiani en el papel de Amina se elevó á la mayor altura. Su ejecucion fué admirable,



(Carrera de caballos en la Real Casa de Campo)

y los caprichos con que enriquece su parte, son del mejor gusto, y ejecutados siempre con tanta facilidad como perfeccion. Mereció muchos aplausos en la cavatina de salida, y llegó á arrebatar en la *stretta* de la ária final. En estos pasos como en toda la ópera, su sentimiento y la verdad con que canta, escede á toda ponderacion.

Salvi ha merecido tambien aplausos en el duo final del primer acto; mas en el resto de la ópera no ha llamado la atencion demasiado.

Los coros han estado algo flojos; pero la orquesta no ha dejado nada que desear.

En los dias 5 y 6 del actual, se verificaron carreras de caballos en el terreno que S. M. se ha dignado conceder en su real Casa de Campo. La concurrencia fué bastante numerosa, advirtiéndose mucho lujo, tanto en los vestidos, como en los carruajes: se veian muchos con cuatro caballos, y varios á la *Daumon*; entre ellos los de los señores conde de Salvatierra, Ceriola, Arcos y Figueroa. El duque de Medinaceli llevaba un coche con delantero y seis caballos españoles negros, como los usa siempre esta casa.

Se notó la particularidad, de que al paso que muchos grandes y títulos, nuestros banqueros y capitalistas ostentaban magníficas carretelas francesas con caballos ingleses, algunas personas naturales de Inglaterra, como

Mr. Tom Owen, se presentaron en coches de colleras con caballos españoles.

Los premios consistian en una magnífica petaca de oro para el primero del primer dia; 6,000 rs. para el segundo; 2,000 para el tercero; y en el segundo dia 12,000 reales para el primer premio; 8,000 para el segundo; y 3,000 para el tercero.

En el dia 5 ganó el primer premio el *Brillante*, del señor Salamanca; el segundo la *Diana* del señor Duque de Rianzares; y el tercero el *Cordovés*, del señor Salamanca.

El dia 6 ganó el primer premio el *Fergus* de D. Ignacio Figueroa; el segundo el *Noble*, del Duque de San Carlos; y el tercero el *Cordovés*, del señor Salamanca.

En los dos dias asistió S. M. y la real familia al palco que la estaba destinado. El hipódromo es magnífico, y á propósito para este género de diversiones, que segun parece, vá á aclimatarse entre nosotros, llegando tal vez con el tiempo á rivalizar con las corridas de toros, que hasta ahora han dominado sin contradiccion y de un modo esclusivo.